



LA ESPIRITUALIDAD, CUESTION DECISIVA.

José M. Castillo, S.J.

Un falso planteamiento de la espiritualidad lleva a contradicciones insuperables y a una "privatización" del cristianismo que de ella se alimenta. De ahí la importancia de un correcto planteamiento. El P. Castillo, nos ayuda en este artículo a un adecuado enfoque del problema. Fue originalmente publicado en: "J.M. Castillo, "La alternativa cristiana". Salamanca, 1978.

En el problema de la espiritualidad se juega la iglesia la carta decisiva. Puesto que una iglesia sin espiritualidad, o con una espiritualidad mal planteada, es una institución incoherente y grotesca, una institución trasnochada y extravagante, que, por mucho que diga y por mucho que organice, en realidad no tendrá nada serio que aportar a la gente y a la sociedad. Por el contrario, una iglesia que sabe plantear y resolver correctamente el problema de la espiritualidad, será un factor decisivo en el cambio que todos, de una manera o de otra, anhelamos para nuestro mundo.

LA ESPIRITUALIDAD, UN PROBLEMA

Efectivamente, la espiritualidad se ha convertido en

un verdadero problema. Para los seglares, para los sacerdotes y para los religiosos. O sea, para todos los cristianos. Porque todos los cristianos, ya sea por una razón ya sea por otra, andan desconcertados en esta materia. Unos, porque ven que grandes sectores de la iglesia ya no viven ni quieren vivir la espiritualidad que siempre alimentó la vida de fe de los creyentes; otros, porque se han puesto a buscar nuevas formas de espiritualidad, pero resulta que esas formas no acaban de dar el resultado que se esperaba; y otros, finalmente, porque ya se han cansado de "espiritualidad" y aseguran que eso era cosa de otros tiempos, pero ahora lo que interesa es "comprometerse" para cambiar el mundo.

No hay que ser un lince para darse cuenta de que si todo esto está pasando en la iglesia, no es porque la generosidad de los cristianos haya disminuido en cuestión de pocos años. Es verdad que hace falta mucha generosidad para mantenerse fiel a la oración, a la mortificación y, en general, a las prácticas espirituales que tradicionalmente enseñó la iglesia. Pero no es menos verdad que también son necesarias grandes dosis de fortaleza y generosidad para irse a trabajar y vivir con la gente más pobre, para no gozar de privilegio alguno, para ser considerado como una persona "sospechosa", y para tantas otras cosas que suelen hacer ahora los que dudan de la "espiritualidad" y ponen todo su empeño en el "compromiso".

Vistas así las cosas, resulta bastante claro que el problema de la espiritualidad no es un problema de generosidad ni de fuerza de voluntad, sino que es, ante todo y sobre todo, un problema de orientación y de sentido. Es decir, la cuestión no está en que falta la buena voluntad, sino en que la voluntad se orienta en el sentido de una espiritualidad rectamente entendida. Pero, ¿por qué no se produce esta orientación de la voluntad y de la persona entera? O dicho de una manera más simple y más directa, ¿por qué la espiritualidad ha entrado en una crisis tan profunda dentro de la iglesia?.

USO DEL TERMINO "ESPIRITUALIDAD"

Para responder a las preguntas que acabo de plantear, me parece indispensable, ante todo, precisar exactamente lo que entendemos por espiritualidad. En el uso de la lengua castellana, esta palabra significa "*cualidad de espiritual*". O sea, el término espiritualidad se comprende a partir del término espiritual. Ahora bien, espiritual se utiliza en cuatro sentidos: primero, se refiere a lo "*anímico o psíquico*"; segundo, a lo que es "*inmaterial*", sólo espíritu; tercero, se aplica a las personas de espíritu sensible y cultivado o también a las cosas en que predomina el espíritu sobre el aspecto material; cuarto, se habla de "*espiritual*" por oposición a lo que es *temporal*", de carácter religioso.

Como se ve fácilmente, estos diversos usos del término espiritual tienen una cosa en común: es espiritual lo contrapuesto a lo material, a lo temporal. De donde resulta que la espiritualidad es la cualidad que distingue a las cosas y personas que se contraponen a lo material y a lo temporal. Por eso, cuando hablamos de la espiritualidad, nos referimos a las cosas propias del espíritu, para distinguirlas de las cosas que son propias de la materia o, en un sentido más amplio, de las cosas temporales.

Estas observaciones, por lo demás elementales, nos revelan algo de singular importancia. Intencionadamente he hablado del "*uso*" que se hace en la lengua castellana del término espiritualidad. Porque cuando se trata de saber lo que en realidad queremos comunicar a otras personas al utilizar tal término determinado, lo importante no es el "*significado*" de esa palabra, sino su "*uso*". Ahora bien, como acabamos de ver, en el uso habitual y corriente de nuestra lengua, la palabra espiritualidad se usa para expresar lo contrapuesto a lo material y a lo temporal. Esto quiere decir que cuando hablamos así de espiritualidad, en realidad nos estamos refiriendo a una cosa que no existe tal como nosotros nos la imaginamos. Porque en nuestra vida real y concreta --nuestra vida de seres de carne y hueso-- no existe lo contra-

puesto a lo material y a lo temporal. La vida humana está esencialmente vinculada a la materia y al tiempo. Desde este punto de vista, hablar de la vida espiritual o de la espiritualidad es hablar de una abstracción, o sea, de una cosa que no existe tal como nosotros la expresamos. Porque hasta la misma vida sobrenatural no se comunica a los "*espíritus*", ya que los espíritus no existen como seres en sí o como seres aislados. La vida sobrenatural se comunica a las personas. Y las personas implican esencialmente materialidad y temporalidad.

LA ESPIRITUALIDAD, UNA ABSTRACCION

Las consideraciones que acabo de hacer nos llevan derechamente a la raíz del problema que hoy representa la espiritualidad. Por una razón que se comprende fácilmente. La espiritualidad, según lo que he dicho antes, está montada sobre una abstracción, es decir, sobre algo que no existe tal como nosotros nos lo imaginamos. De donde resulta que la espiritualidad funciona a base de abstracciones, o sea, a base de verdades a medias. Cosas que son verdades en parte, pero que no son la verdad total. Por ejemplo, es verdad que mediante la espiritualidad se pretende santificar a las almas, según la expresión tradicional. Pero el hecho es que las almas no existen como seres en sí. Lo que existen son las personas. Y por cierto, las personas concretas, situadas en el espacio y en el tiempo, en la sociedad y en el complejo mundo de las relaciones sociales, económicas y políticas a todos los niveles. Pensar en las almas en sí, o en las personas en abstracto, es pensar en cosas que no existen nada más que en la especulación de los filósofos. Esto es incuestionable. Pero lo curioso es que, a pesar de la evidencia de la vida que se nos impone tal cual es, nosotros seguimos hablando de "*espiritualidad*". Y lo malo no es que sigamos hablando de eso. Lo verdaderamente desastroso es que actuamos en consecuencia con lo que nos imaginamos y decimos que es la "*espiritualidad*".

AFRONTAR LA VIDA TAL CUAL ES

¿En qué está lo desastroso de ese comportamiento?

Pues sencillamente en que no se afronta la vida tal cual es, sino tal como nosotros la imaginamos desde nuestra abstracción. Porque la vida no es sólo "espiritualidad", sino que es también "corporalidad" y "societariiedad" y "politicidad" y "economicidad" y tantas otras cosas. Y lo es todo eso a la vez, sin posibilidad de descomponer esos diversos elementos, para jerarquizarlos a nuestro antojo y según un determinado orden de preferencias selectivas: primero y esencialmente lo espiritual; y luego todo lo demás, lo corporal, lo pulsional, lo societario, lo económico y lo político.

Por eso, cuando decimos que el problema más importante que tiene planteado la iglesia es el problema de la espiritualidad, en realidad, ¿qué estamos diciendo? Yo creo que estamos diciendo una cosa que no se refiere a nada real y concreto, sino que estamos hablando de una abstracción, es decir, de un solo aspecto de la vida, que no existe --ni puede existir-- disociado de los demás aspectos que configuran y constituyen a la persona en su realidad concreta.

Al hablar de esta manera, no quiero decir que la espiritualidad no sea un problema importante. Lo que quiero decir es que ese problema no se puede plantear desde la abstracción, sino desde la vida tal cual es. Dicho más claramente, la "espiritualidad" no tiene sentido tal como la suelen plantear con frecuencia los "espirituales". La espiritualidad sólo puede tener sentido si se plantea desde la vida y desde las situaciones que se dan en la realidad, en el cotidiano quehacer de la gente con todas sus implicaciones.

El lector comprenderá enseguida que todo esto que vengo diciendo no son especulaciones ociosas. En efecto, al plantear y programar la espiritualidad desde una abstracción desvinculada de la vida real en toda su complejidad, se han producido los hechos más sorprendentes y extraños que uno se puede imaginar. Por ejemplo, como se trataba de santificar a las almas, se vio que para eso era necesario que el alma viviera desentendida de las demás cosas de la vida. Por consiguiente, nada de vivir preocupada por problemas temporales y terrenos, nada de preocuparse por lo

que pasaba en la sociedad ambiente, en el ámbito de la economía, de la organización social o de la organización política. Todo eso había que dejarlo para que de ello se preocupara la providencia de Dios. Sobre la base de estas ideas y de estos planteamientos se han organizado en la iglesia los seminarios, los noviciados, los conventos y, en general, todos los centros destinados a fomentar la espiritualidad.

Planteada de esta manera la "*vida espiritual*", se ha pensado, en buena lógica, que el alma necesitaba unos condicionamientos ambientales que facilitarían la dedicación más intensa a la espiritualidad. Por eso, se necesitaba un edificio adecuado, en la medida de lo posible amplio, sano y separado del mundanal ruido, que es lo mismo que decir separado de los avatares de la azarosa existencia que lleva el común de los mortales. Y por supuesto, se creía absolutamente indispensable que las almas dedicadas a la espiritualidad no vivieran preocupadas por asuntos de dinero, lo que suponía lógicamente disponer de unos bienes, que a veces han sido ---ysiguen siendo--- cuantiosos. ¡Ay, y a todo esto hay que añadir que la espiritualidad se lleva su tiempo y un determinado orden de vida, lo que supone en la práctica que cuando cada día la gente madruga para ir a su trabajo, los "*espirituales*" se tienen que dedicar durante bastante tiempo (y ojalá fuera más) a su distribución espiritual. O sea, que un espiritual difícilmente podría aceptar un contrato laboral "*de los buenos*", de los que tienen que soportar millones de hombres y mujeres en este mundo.

¿Resultado de todo lo dicho? Que la "*espiritualidad*" ha venido a ser en la práctica y en la generalidad de los casos un artículo de lujo. Es decir, una cosa que sólo se la pueden costear aquellas personas que por su condición social, económica y hasta quizás política, pueden permitirse el lujo de vivir sin preocupaciones económicas, sin la angustia de un horario laboral esclavizante (como les pasa a casi todos los pobres del mundo), sin las molestias de una vivienda estrecha y pésimamente acondicionada para entregarse con un mínimo de holgura a cultivar el espíritu, y además sin las complicaciones inevitablemente sospechosas que com-

porta, en las condiciones actuales de nuestra sociedad, un compromiso serio en el orden social, sindical y político.

Ahora bien, una vez que la espiritualidad se ha planteado en los términos que acabo de describir, a estas horas nos encontramos con dos consecuencias que constituyen, a mi manera de ver, la raíz del problema que hoy se nos plantea a propósito de la *"vida espiritual"*. Estas dos consecuencias son: ante todo, la contradicción; en segundo lugar, la privatización.

LA CONTRADICCION

La vida espiritual, entendida en los términos que acabo de indicar, es un hecho contradictorio. Por la sencilla razón de que, tal como se ha planteado esa vida, a ella no pueden tener acceso en la generalidad de los casos, ni los pobres, ni los marginados, ni los oprimidos y hasta me atrevería a decir que ni la mayoría de los ciudadanos. O sea, que aquellos que, según el evangelio, son los preferidos de Jesús, no pueden aspirar en la práctica a lo que, según decimos nosotros, es el camino más seguro para encontrar a Jesús.

El dato más revelador de esta contradicción lo tenemos en el hecho siguiente: examinando el santoral católico, se ha encontrado que, de 1.938 casos analizados, el 78% de los santos y beatos que hay en la iglesia han pertenecido a la clase alta; el 17% a la clase media; y sólo el 5% a la clase baja. Y no cabe decir que estos datos estadísticos, tan alarmantes, se deben a que, dado lo que cuesta un proceso de canonización, solamente los ricos pueden alcanzar la gloria de los altares. Téngase en cuenta que durante los primeros diez siglos no había procesos de canonización; a los santos se les reconocía como tales por aclamación popular. Bueno, pues resulta que la estadística anterior vale igualmente para los santos de los diez primeros siglos. O sea, que en este asunto nos tropezamos, de la manera más patente, con el hecho incuestionable de que la espiritualidad entraña una contradicción verdaderamente alarmante.

Por lo demás, esta contradicción se descubre a todos los niveles de la vida. Por ejemplo, al nivel de la economía, resulta que los religiosos, que son los profesionales de la pobreza, son personas que tienen fincas, cuentas corrientes y una seguridad económica de tipo capitalista que es inaccesible para la mayoría de los ciudadanos. Y lo que se dice de la economía se podría decir de otros órdenes de la vida, como son la respetabilidad social, en muchos casos el poder, en otros el influjo, etc.

LA PRIVATIZACIÓN

Al hablar de privatización, quiero decir que la espiritualidad es un asunto "*privado*". Porque se refiere sólo a las relaciones del hombre con Dios y a las relaciones con los demás en el ámbito de encuentro interpersonal. La espiritualidad, en efecto, se preocupa ante todo del buen entendimiento del alma sola con Dios a solas. Y se preocupa en segundo lugar, del buen funcionamiento de las relaciones interpersonales según los postulados y exigencias de la caridad.

Todo eso, por supuesto, es importante. Y conviene insistir en ello cada día más. Pero con tal que no perdamos de vista que la persona es un ser social, que no se margina de la sociedad por el hecho de entregarse generosamente a cultivar la vida espiritual. Por poner un ejemplo: un religioso, por más que esté encerrado entre cuatro paredes, sigue siendo un ciudadano, que no se puede desentender de sus responsabilidades públicas, en orden a construir una sociedad más justa, más humana y más fraternal. Ahora bien, la "*espiritualidad*", como todos sabemos, no parece interesarse ni poco ni mucho por esta dimensión social, pública y hasta política de la persona. Eso son cosas del mundo, según se dice a veces en los conventos. Por eso, los libros de "*vida espiritual*" no dicen ni media palabra acerca de esas cuestiones, que serían distractivas y hasta peligrosas para el alma que busca sinceramente a Dios. Abandonar el mundo y toda preocupación temporal han sido los primeros consejos que se han dado siempre a las personas que querían entregarse en serio a cultivar la espiritualidad.

Lógicamente, este planteamiento de la vida espiritual desemboca o en una alienación de la persona o en una escisión. En una alienación, si la persona toma en serio solamente los planteamientos de la espiritualidad, porque entonces esa persona se desentiende de una serie de cosas de las que no se puede desentender; por ejemplo, se desentiende de la economía del país en el que vive, de la organización política, de la estructuración social y de otros muchos aspectos de la vida ciudadana de los que la persona se beneficia. Eso, por más que se diga lo contrario, es vivir alienados en un mundo irreal. Por otra parte, si la persona toma en serio no sólo los planteamientos de la espiritualidad, sino además los postulados y exigencias de la sociedad, entonces lo que se produce es la escisión de la persona. Porque en tal caso, el sujeto se ve sometido a la tensión de dos fuerzas de interés, de dos lenguajes o, si se quiere, de dos universos simbólicos; por una parte, el universo de los contenidos espirituales (la unión con Dios, el recogimiento, la paz del alma...); por otra, el universo de los contenidos sociales y públicos (la lucha de los intereses económicos, de los conflictos políticos, de los poderes establecidos, que son el origen de la paz o la desgracia de millones de personas).

El resultado de lo que acabo de exponer es que, como todos sabemos de sobra, en los ambientes en los que más intensamente se fomenta la espiritualidad (comunidades religiosas, ambientes eclesiásticos...) hay dos clases de personas: las que viven alienadas y las que viven escindidas. Las primeras porque han tomado en serio sólo la espiritualidad. Las segundas porque han tomado en serio, no sólo la espiritualidad, sino además a la sociedad. Las primeras tienen mucho "*espíritu*", en el mejor de los casos, pero viven en un mundo irreal. Las otras, al querer conciliar el "*espíritu*" con sus obligaciones ciudadanas, viven en una constante tensión desgastadora, que termina a la larga en una especie de esquizofrenia destructiva, que arruina el "*espíritu*" en unos casos; o que hunde a la gente en situaciones conflictivas casi insolubles.

EL CONFLICTO Y LA FRUSTRACION

La conclusión que se puede sacar de todo lo dicho es que, mientras la espiritualidad siga planteada como hasta ahora, lo más serio y lo más profundo en la vida de la iglesia se verá irremediabilmente condenado al conflicto y a la frustración. Al conflicto, porque las personas que tomen en serio la espiritualidad se verán inevitablemente enfrentadas: de una parte, las que viven en su mundo irreal; de otra parte, las que soportan la tensión entre sus obligaciones espirituales y las exigencias ciudadanas a las que no quieren renunciar. Esta es, sin duda, la razón última de tantos conflictos en los ambientes eclesiásticos, en las comunidades religiosas y en bastantes grupos cristianos. De ahí que, paradójicamente, la espiritualidad cristiana, en vez de ser motivo de unión y de paz, se convierte en origen de serios conflictos. Y no vale decir que esos conflictos se deben a la mala voluntad de las personas. Pero si es justamente lo contrario; las personas se enfrentan precisamente porque se sienten impulsadas por la buenísima voluntad de ser fieles al ideal cristiano que se han trazado. Lo que pasa es que, entre la voluntad de las personas y el ideal cristiano, se interpone la llamada "*espiritualidad*". Una espiritualidad que impulsa a unos a retraerse de la vida social y pública, mientras que a los otros les empuja a todo lo contrario. Ahora bien, está claro que una espiritualidad que produce esos resultados no puede ser la espiritualidad que Dios quiere para sus hijos.

Por otra parte, la espiritualidad se verá también condenada a la frustración. Porque, según lo que he descrito antes, esta forma de vida no puede tener fuerza de atracción y de convocatoria para las nuevas generaciones. Y es que, como se trata de una forma de vida que no toma en consideración a la persona tal cual es en su totalidad, se sitúa por eso mismo en el terreno de la abstracción, que es el terreno de lo irreal. Y todos sabemos de sobra que cuando en la vida se toma en serio lo irreal, los problemas insolubles terminan por abrumarnos. Por esto, no hay que extrañarse de que ahora la gente joven no quiera saber nada o casi na-

da de "espiritualidad". Porque eso no les dice nada. Los educadores, los maestros de novicios y los directores de seminarios saben mucho de esto. La casi totalidad de los jóvenes hoy ven la vida de otra manera. Y por eso, los que se sienten disconformes con la vida y con la sociedad, los que se sienten más generosos para hacer algo que valga la pena, en vez de meterse en un seminario o en un noviciado, se apuntan a un partido político. Sin duda alguna, ven más coherencia en eso que en dedicarse a cultivar sentimientos y abstracciones que sirven para poco.

El resultado de todo esto es que, mientras la espiritualidad siga anclada en los presupuestos del pasado, esa espiritualidad, como vida y espíritu de los creyentes, no podrá ofrecer a la gente la alternativa que la iglesia debe ofrecer a los hombres de nuestro tiempo. Esto no quiere decir --lo repito una vez más-- que la solución esté en abandonar la espiritualidad encerrándola en el baúl de los recuerdos. Precisamente se trata de todo lo contrario. Me parece decisivo insistir en que ahora nos hace falta más espiritualidad que nunca. Pero con tal que esa espiritualidad se entienda rectamente. Con tal que la espiritualidad deje de ser un problema y empiece a ser un motor y un impulso eficaz para la gente que esté dispuesta a hacer algo que valga la pena en esta vida.

ASUMIR LA VIDA DEL HOMBRE

La espiritualidad será un problema sin solución mientras no asuma a la persona entera, es decir, mientras no tome en serio a la persona real tal como existe en el mundo y en la sociedad concreta en que le ha tocado vivir. Porque el problema no está en santificar a las almas, sino en lograr que los hombres vivan el mensaje de Jesús.

Ahora bien, lo primero que hace falta para lograr que los hombres vivan el mensaje de Jesús es asumir la vida del hombre. Esto lleva consigo, por supuesto, asumir la relación del hombre con Dios. Pero también lleva consigo asumir la relación con los demás y con la sociedad en la que viven los demás. Todo lo que no sea partir de este plantea-

miento es lo mismo que situarse en el terreno de la abstracción. Y por eso, en el terreno de lo que no existe. En consecuencia, si la espiritualidad quiere ser algo digno de tomarse en cuenta, no tiene más remedio que preocuparse, no sólo por la relación "religiosa" del hombre y por sus relaciones "interpersonales", sino además por sus relaciones "sociales", "económicas", "culturales" y "políticas".

Además, se trata de tomar en serio todo eso a la vez. Porque el hombre no es sólo relación a Dios y a los demás tomados como individuos. El hombre es al mismo tiempo --lo quiera o no lo quiera-- relación a la sociedad, a las instituciones que funcionan en la sociedad, a la cultura, a la economía y a la política. Teniendo muy en cuenta una cosa que me parece fundamental en todo este asunto: que la persona adulta no puede llevar a cabo esas relaciones por intermediarios o "*por procurador*". Quiero decir: de la misma manera que la relación con Dios es personal e intransferible, como también lo es la relación interpersonal (nadie puede relacionarse con Dios por otro, ni con los demás), igualmente la relación de cada ciudadano con la sociedad en sus diversas manifestaciones es un asunto que no se puede declinar para que otros lo resuelvan por mí.

Digo esto porque es relativamente frecuente que las personas más intensamente dedicadas a la espiritualidad declinan sus obligaciones cívicas y sociales, porque de eso ya se preocupan los que tienen cargos de responsabilidad en la iglesia. Por eso suele ocurrir que, por ejemplo, muchas religiosas y también algunos religiosos varones se desprecupan del conjunto de sus relaciones públicas con la sociedad, la economía y la política, porque de esas cosas ya hay quien se precupe, los superiores. Ahora bien, desde el momento en que las cosas se plantean así entre los cristianos --y más concretamente entre los religiosos--, uno no tiene más remedio que preguntarse por qué la relación con Dios es un asunto que cada creyente y cada religioso tiene que resolver personalísimamente (sin que nadie lo pueda hacer por él), mientras las relaciones sociales y cívicas se dejan para que otro las resuelva, si es que las resuelve.

De lo dicho se sigue que si en la iglesia institucional, si en una diócesis, en una parroquia o en una comunidad religiosa se practica la irresponsabilidad social, económica o política, nadie tiene derecho a escudarse diciendo que de esas cosas ya hay quien se preocupe. Porque la iglesia es asunto de todos. Y la comunidad cristiana o la comunidad religiosa es igualmente asunto de todos los cristianos o todos los religiosos. De esto se tienen que persuadir todos los creyentes. Y por supuesto, también todos los hombres y mujeres que tienen cargos de gobierno en la iglesia y en las órdenes religiosas. Porque de la misma manera que la oración no la puede hacer el obispo o el superior religioso en representación de los demás, lo mismo se debe pensar de las demás responsabilidades que brotan del ser personal en cuanto ser social. Si un superior se preocupa de que sus súbditos no hacen oración o no celebran la eucaristía, ¿por qué no se preocupa igualmente de que andan sumamente despistados en los asuntos de la vida sindical, económica o política? ¿por qué no le quita el sueño que esos súbditos, con su pretendida "neutralidad" en estos asuntos, en realidad están favoreciendo efectivamente a los que detentan el poder quizás de una manera poco coherente?.

Estas preguntas nos deberían llevar a una conclusión que parece bastante obvia; si queremos resolver el problema de la vida espiritual, lo primero que tenemos que hacer es comprender y programar la espiritualidad como un proyecto de coherencia en el conjunto de todas las relaciones de la persona: en las relaciones con Dios, en las relaciones con los demás y en las relaciones con la sociedad.

ASUMIR EL MENSAJE DE JESUS

No se trata sólo de asumir al hombre entero. Se trata, sobre todo, de asumir el mensaje de Jesús. Ahora bien, el mensaje de Jesús no se refiere sólo a la relación del hombre con Dios, ni sólo a la relación del hombre con el hombre, sino además a la relación de cada uno con la sociedad y con las instituciones que funcionan en el mundo circundante. Jesús hizo oración y se relacionó con el Padre

del cielo. Jesús además fue bueno con las personas con las que convivió. Pero el evangelio cuenta otras cosas. Por ejemplo, el evangelio dice que Jesús se enfrentó duramente con la institución religiosa de su tiempo; y que denunció públicamente a los dirigentes de aquella institución; y que llegó a ser considerado como un sujeto peligroso al que había que eliminar; y que, en efecto, fue eliminado por la autoridad política como si se tratara de un malhechor. Todo esto no son cosas marginales en el evangelio.

Por otra parte, el mensaje de la cruz --con el que los creyentes decimos que estamos de acuerdo-- no se puede entender si no se tienen en cuenta las cosas que acabo de decir. A Jesús no lo mataron porque hizo oración, porque cultivó la espiritualidad y porque fue bueno con la gente. En este mundo no se mata a las personas que hacen oración, cultivan la espiritualidad y son buenas y dulces como la miel. En este mundo se mata a los que resultan peligrosos, a los subversivos del orden establecido y a los que se comportan de manera que constituyen una amenaza para los poderes del mundo. Por lo menos, está claro que esos son los motivos por los que las autoridades eliminan a los que estorban. Y eso, exactamente eso, es lo que pasó con Jesús.

Por consiguiente, o mutilamos el evangelio en algo que es central en su mensaje, o no tenemos más remedio que entrar por este camino. Asumir el mensaje de Jesús representar lo menos, asumir un proyecto de responsabilidad social y pública ante las instituciones religiosas, económicas y políticas. En orden a que los hombres dejen de dominar a sus semejantes, para que los débiles y los que sufren sean mirados de otra manera, en definitiva para que todos se comporten como hijos del mismo Padre, como hermanos y como iguales.

En consecuencia, si queremos resolver el problema de la vida espiritual, lo primero que tenemos que hacer es, no sólo comprender y programar la espiritualidad como un proyecto de coherencia en el conjunto de todas las relaciones de la persona, sino además asumir el mensaje de la cruz

con todas sus consecuencias. Esto supone, inevitablemente, romper muchos de nuestros esquemas y proyectos. Porque estamos acostumbrados a pensar que un creyente, en la medida en que es un hombre espiritual, es una persona respetable, de buena reputación y de la que todo el mundo se fía. No en vano cultiva asiduamente la espiritualidad. Y lo que da de sí la espiritualidad es buena fama, respetabilidad y un prestigio a toda prueba. Todo esto es visto como lo más natural del mundo, como lo que tiene que ser.

Pero, ¿es que todo esto tiene que ser así?, ¿no debería ser de otra manera? Hago estas preguntas porque lo chocante es que la espiritualidad tenga tan buena reputación en una sociedad en la que practica sistemáticamente la explotación de los débiles, en la que los derechos más elementales de las personas son atropellados constantemente, en la que se ensalza a los poderosos, a los dictadores y a los arrogantes, en la que se manipula a la mujer, en la que se busca ante todo el lucro y en la que pasan tantas y tantas cosas demasiado desagradables. ¿Cómo es posible que en una sociedad así las personas que se dedican asiduamente a la espiritualidad sean personas honorables? ¿no tendrían que ser, más bien, unos inconformistas, unos subversivos de tal "*orden*" de cosas? Y si no lo son, entonces, ¿qué espiritualidad es esa, en la que se aprende a callar ante el dolor de los desgraciados, en la que se está tranquilamente de parte de los causantes de tanto desastre y en la que nos parece que todo va bien porque nosotros "*los espirituales*" observamos un determinado orden del día, tenemos paz y hacemos fielmente nuestra oración? Decididamente, una espiritualidad que funciona de esa manera y que da esos resultados es, a todas luces, una cosa que tiene muy poco que ver con el mensaje de Jesús.

OPCIONES A CORTO Y A LARGO PLAZO

Si todo lo que he dicho hasta aquí se toma en serio, me parece que no hay más remedio que tomar decisiones muy importantes, para que las cosas no sigan como hasta ahora. Yo creo que aquí habría que distinguir entre las opciones

que no admiten dilación, y las que será necesario programar más a largo plazo, porque no está en nuestras manos ponerlas en práctica inmediatamente.

A corto plazo.

En cuanto a las primeras, o sea, las que hay que acometer inmediatamente, pienso que, ante todo, urge programar una labor seria y a fondo de mentalización de los cristianos que estén dispuestos a entrar por el camino de la alternativa. Para hacer comprender a esos cristianos que sin una espiritualidad profunda no pueden pensar en ofrecer algo verdaderamente serio a los hombres de nuestro tiempo. Pero igualmente, para hacer comprender a esos cristianos que la espiritualidad no se reduce a rezar y participar en los sacramentos. Una espiritualidad que pretenda estar a la altura de los tiempos debe empezar por tomar muy en serio las responsabilidades sociales y políticas que todo hombre tiene como ciudadano.

En segundo lugar, está claro que en la programación de la vida de una comunidad cristiana no sólo debe entrar la "religiosidad", sino además la "societariiedad", es decir, la instrucción y la praxis del compromiso social y público, con todo lo que eso lleva consigo.

En tercer lugar, todos los que en la comunidad desempeñan algún ministerio de servicio a los demás, deberán pedir cuenta a la comunidad sobre la "vida espiritual", la "vida social" y la "vida cívica". Digo esto porque es frecuente que, por ejemplo, si un obispo o un superior religioso se entera de que en una comunidad cristiana no se hace oración o no se celebra la eucaristía, lo más seguro es que ese superior o ese obispo se alarme y pida explicaciones. En eso hace bien y está en su perfecto derecho. Pero lo que ya no resulta tan coherente es que si ese mismo obispo o ese superior se entera de que una comunidad no tiene ni idea ni preocupación de lo que son las exigencias sociales y políticas que deben animar a un cristiano, eso ya no le preocupa al obispo o al superior. Es más, la experiencia da que a veces lo que asusta a algunos superiores religiosos es

que haya comunidades que entran en serio por el camino del compromiso socio-político.

Por último, también en este orden de opciones a corto plazo, me parece que es urgentísimo poner al día la estima práctica y la puesta en acto de la oración individual y comunitaria. A lo mejor a alguien le parece que esto último no concuerda con todo lo dicho anteriormente; o que no viene a cuento en este momento. A mí me parece todo lo contrario. Por una razón que creo fundamental: una espiritualidad tomada tal como acabo de decir requiere mucha más oración, mucha más experiencia de lo trascendente, que la espiritualidad tradicional. Conviene caer en la cuenta de que si tantos militantes cristianos, tantos religiosos y tantos sacerdotes se han "*quemado*" en la lucha social y política, la causa --no le demos vueltas-- ha estado en que la relación personal con Jesús dejó de tener una significación de experiencia y se redujo a una cierta "*ideología*".

A largo plazo

Por lo que se refiere a las decisiones que habría que tomar a largo plazo, lo primero tendría que ser esclarecer la función social y pública que cumplen las comunidades cristianas, las parroquias, las diócesis y los institutos religiosos. ¿Son instituciones que, de una u otra manera, "*legitiman*" el orden constituido? ¿son comunidades e instituciones que aparecen como "*sospechosas*" ante los poderes mundanos? Es verdad que la respuesta a estas preguntas no admite mucha dilación. Pero, siendo realista, ya nos podríamos dar por satisfechos si se programa, aunque sea más a largo plazo, una orientación que lleve a las comunidades cristianas, a las parroquias y a los institutos religiosos por este derrotero.

En segundo lugar, habría que afrontar de una vez el problema de cómo compaginar la eficacia y la coherencia. Quiero decir: las instituciones eclesiásticas tienen obras apostólicas, que necesitan dinero --a veces mucho dinero-- y que, por consiguiente, llevan consigo el compromiso con

el mundo capitalista, con todas las consecuencias que eso comporta. Todo eso se tolera, porque se piensa que es indispensable para ser eficaces en la promoción del Reino de Dios. Pero al mismo tiempo nos damos cuenta de que esa eficacia nos hace caer en incoherencias muy serias. El ejemplo típico en este orden de cosas es lo que ocurre en las órdenes religiosas. Los religiosos son, valga la expresión, los profesionales de la espiritualidad. Pero resulta que al mismo tiempo son miembros de instituciones que poseen fuertes capitales, por lo menos en bastantes casos. Y así se produce la serie interminable de incoherencias que todos conocemos y lamentamos: en el orden económico (pobres que son capitalistas), en el orden social (defensores de la justicia que no tienen más remedio que callar ante las injusticias) y en el orden político (promotores de la libertad que se llevan bien con los que provocan la opresión). Todo esto es fuente de insatisfacciones considerables y de no pocas tensiones. Pero el hecho es que, en la práctica, se opta por dejar las cosas como están. Y que la vida siga. ¿Nos hemos puesto a resolver este estado de cosas? ¿no comprendemos que mientras esto siga así, la espiritualidad será el hecho "*privado*" y "*contradictorio*" a que antes hice referencia?

Finalmente, por todo lo dicho, es vital que todo grupo de cristianos comprenda que la espiritualidad es la cuestión decisiva que se les plantea todos los días. Porque sin experiencia de lo trascendente, en la relación a Jesús, el hecho cristiano se convierte en una ideología que termina por no convencer demasiado. Pero, por otra parte, sin compromiso social y público a todos los niveles, la espiritualidad degenera en un auténtico "*opio del pueblo*", o sea en un engaño que adormece y tranquiliza a los ingenuos y a los incautos.